El tiempo de la vida espiritual

Arzobispo Pablo Yazigy

«Todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.»[1]

La vida espiritual es el movimiento que procura levantar al hombre del *barro* al Espíritu; levantar la vida humana de la mentalidad de «carne y sangre» a la del pensamiento divino.

El cristianismo es una vida dinámica y su dinamismo es insuperable. La historia de la humanidad no ha conocido, ni conocerá, un motivo para la vida espiritual igual al del cristianismo, por las siguientes dos razones:

La primera, porque el cristianismo plantea ante nuestros ojos una esperanza real, aunque todavía no sea realidad; una esperanza cuya grandeza es inexpresable. Por eso Pablo, sintiéndose incapaz de expresarla, exclamó: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón de hombre llegó, lo que Dios preparó a los que lo aman.»[2] No hay religión ni filosofía ni política ni civilización que no se ponga a sí misma y a sus seguidores la imagen de su «ciudad

ideal», es decir, los objetivos y las metas. Esta imagen en el cristianismo alcanza una belleza, según san Pablo, inimaginable. No es una imagen ficticia, sino una realidad de la que todos hablan. No son pocos los que llaman al cristianismo «religión de los ángeles». Es una descripción que, aunque pretende ser negativa, ilustra un aspecto verdadero: la Iglesia habla de un estado nuevo del hombre, según el cual se vuelve un «ángel en cuerpo».

La verdadera imagen del hombre que el cristianismo desea alcanzar, parece imaginaria; pero, «¡cuánto me alegro!», como muchos santos exclamaban, que esta imagen se ha vuelto realidad en Cristo, y por su Gracia es alcanzable a todos los que quieren. Las palabras de Jesús, Quien es el Alfa (el Prototipo), son atrevidas y muy temibles: «El que crea en Mí hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún.»[3]

Si la divina Encarnación significa que Dios, por su propia voluntad, ha tomado nuestra imagen, ella también significa que Dios elucidó la divina imagen que Él desea para nuestra naturaleza. Él es el «Alfa» que ha venido a realizar el «Omega» en todo hombre.

Ésta es la meta ante nuestros ojos, y el objeto por el cual fuimos bautizados. ¿Qué sueños cristianos tenemos? ¿Qué ideología predicamos al mundo? Es, en pocas palabras, que Dios ha encarnado para que el hombre se divinice. Los sueños cristianos no son

menos. En el fondo, el pecado consiste en minimizar nuestra esperanza en meras reformas sociales y lemas políticos que escuchamos por acá y por allá y que, por más caritativos que sean, no llegan a las profundidades del hombre, ni logran formar una «nueva ideología», y nueva vida que abarque aun su cuerpo, en parte aquí, y en el segundo advenimiento en totalidad.

Si pedimos a un poeta o a un pintor que describa con su amplia imaginación humana al hombre ideal, su ilustración resultará demasiado corta ante el «hombre» que el cristianismo procura.

Ante esta temible imagen y aquella admirable esperanza, el hombre queda confundido al contemplar su estado actual. Por lo que, **la segunda razón** que motiva el dinamismo de la vida cristiana surge cuando observamos lo que llamamos «caída» humana y, más aún, cuando la comparamos con la esperanza viva de la que hemos hablado. La «caída», en las santas Escrituras, se refiere a un acontecimiento profundo y real; es el sentimiento del hombre de que se encuentra en un estado inferior a lo que él cree respecto a su naturaleza y su vida; un sentimiento que viene de la conciencia del hombre, en cada momento de su vida, de que la creación podría estar mejor de como está: no le satisface al hombre su estado actual. Si preguntáramos, por ejemplo, a una persona de 50 o más años qué haría si regresara unos treinta años atrás, respondería que habría cambiado muchas cosas, y que ganaría para sí misma mucho más de

lo realizado. Esta pequeña auto-experiencia nos introduce a una vida mejor en que vamos comprendiendo más la dimensión y el tamaño de nuestra pérdida y caída. «¡Ay…!» expresa suspiros que frecuentemente se repiten en la vida, que muestran el sentimiento del hombre respecto a esta batalla: él carga con la caída, un estado impuesto del que, si pudiera, se libraría. El hombre es un ser que ansía estar encima de donde está, sueña más allá de sus capacidades y desea más de lo que puede realizar; pero, ¡he aquí que, diariamente, se encuentra a sí mismo «inferior»! Este gran distanciamiento, terrible rasgadura y gran abismo entre la «imagen» y la «realidad», entre «Cristo» y «yo», crean en el hombre, cada vez que más lo asimila, una fuerza poderosa de ascensión. El rechazo de lo que no queremos y el anhelo ardiente a lo que deseamos despiertan en nosotros una voluntad nueva. En este entorno dice san Pablo: «Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo.»[4]

Experiencias como ésta son frecuentes en la vida del hombre, y todas juntas se amontonan, se reúnen y se agrandan hasta que el hombre decida cambiar de rumbo hacia una vida nueva. Es entonces cuando, antiguamente, se realizaban los bautizos.

A partir del momento del Bautismo, se inicia la lucha de nuestra vida espiritual, de nuestra vida nueva. El apóstol san Pablo anuncia que el que ha sido bautizado en Cristo, de Cristo se ha revestido;

en otras palabras, su comportamiento se ha vuelto como Cristo: originalmente, éste es el deseo que nos estimuló al Bautismo. «Revestíos de Cristo»[5], para san Pablo significa cristianizarse, es decir, vivir como Cristo. Al «cambio de rumbo», del que decíamos que incitaba el Bautismo después de una decisión, llamamos «arrepentimiento».

El tema del Bautismo en los infantes, desde luego, tuvo una respuesta positiva de parte de la Iglesia primitiva. Pero la equivocación ocurre cuando el Bautismo se vuelve folclor y parte de rutinas cristianas. En el servicio del Bautismo hay gestos de suma importancia, a los cuales, quizás, no prestamos ninguna atención ni de los que sacamos ninguna conclusión; como los exorcismos (que decimos en el servicio litúrgico), que son juramentos en los cuales rechazamos a «Satanás y a sus obras»; y como el gesto de retornar la mirada del occidente hacia el oriente, de la vida vieja hacia Cristo «el Oriente de lo Alto»[6]. Éste es el arrepentimiento que debe preceder al Bautismo. Y si bien el Bautismo de los infantes no permite esta experiencia personal, ni la asimilación de todas estas verdades, no hay que distraer la vista de los siguientes dos puntos: **Primero**, que el padrino y la familia asumen la responsabilidad de trasmitir al niño esta experiencia; ellos, que le trasmiten todos los demás aspectos de la vida, y planean la vida de ellos y la de él en los más minuciosos detalles. Y **segundo**, que el bautismo de los niños es una consecuencia natural de la decisión de la familia tomada en el momento del matrimonio y de la

concepción, decisión que la familia proclama en el Bautismo de sus hijos: que ella, toda, retomará el rumbo del occidente al oriente, y llevará con ella al recién nacido hacia el mundo de la luz, ya que lo ha gestado bajo este *prisma* y según esta esperanza. Así que no hay necesidad de postergarlo (tomando en cuenta que cualquier joven tiene la libertad de rechazar, posteriormente, esta marcha cuando quiera y en cualquier etapa de su vida).

Aquí aparece el papel de la educación cristiana, sin la cual el Bautismo pierde mucho de su sentido, más aún en el caso del bautismo de los infantes. La educación cristiana no es sino la *siembra* de la imagen cristiana en los días, los sueños y la esperanza del niño, la imagen de «Cristo», de Quien ha de revestirse en su vida: lo que le ha sido dado en el Bautismo. Sembramos en nuestros hijos estos ideales y anhelos como objetivo de la vida, porque sin el anhelo, ningún dinamismo hacia lo alto puede subsistir, sino al contrario: entonces el hombre es jalado hacia todo lo bajo y lo caído, en vez de marchar hacia la imagen de Cristo.

En el Bautismo, le cortamos el cabello al bautizado, porque él ya es un soldado que se dedica a Cristo, su Señor, y no a otros afanes[7], como dice san Pablo. También ungimos al bautizado con el santo Crisma proclamando que él ha sido instituido como sacerdote real consagrado al Señor, y que ha entrado en la batalla de la vida, donde luchará para liberarse del peso de los deseos y poder volar con libertad en el cielo del Espíritu. El sacerdote sopla

en el rostro del bautizado en señal de una vida nueva que se le da, como cuando Dios sopló en la nariz de Adán en el paraíso y resultó «un alma viviente»[8], es decir, llena de vida.

Desde el momento del Bautismo iniciamos nuestra vida espiritual, y cualquier *tregua* no significa descanso sino rendición y traición. Viéndola desde afuera, la lucha espiritual o la vida espiritual parece ser negativa; pero, en realidad, es una vida positiva que llamamos *teofanía* (divina manifestación), ya que la imagen de Dios, todavía pálida en nosotros, es ilustrada día a día con más esplendor. La vida de Dios resplandece en nosotros como un *tesoro* en *recipientes de barro*[9].

«Un día que pase sin oración es un día perdido de la vida», dice la literatura ascética. Y podemos generalizar esta figura a que abarque toda nuestra vida cristiana. En cada letanía decimos: «Encomendemos nuestra vida entera a Cristo nuestro Dios.» Eso quiere decir que cada momento perdido del tiempo de nuestro crecimiento espiritual y cristianización es un «pecado», porque es un tiempo que le robamos al Espíritu Santo, Quien viene a obrar con nosotros lo que queremos y Él quiere en nosotros. El tiempo no es necesariamente de vida espiritual si no vivimos en «vigilia» para que el diablo no nos robe el tiempo de nuestra salvación. «Ya es hora de obrar para el Señor.»[10] Si el tiempo no está unido a la consagración, se vuelve tiempo de Satanás e historia de nuestros pecados. Por eso, la Iglesia ha

sido establecida no nada más sobre una estructura pedagógica, sino, más bien, sobre una estructura litúrgica y consagratoria; pues las oraciones abarcan todas las horas, y protegen cada movimiento y los trabajos del día; y el Santo Banquete disciplina nuestra vida en el camino de la preparación y del agradecimiento. Entre estos dos polos –la vida diaria y el santo Cáliz– el cristiano despliega la vela de su vida a cada momento. Entonces vive en paz, alegría y gratitud.

Y si, algún día, traicionase al hombre su voluntad, vacilasen las piadosas rodillas en su postración y se debilitasen las fuerzas, no sería el fin. Pues el Señor es tierno: cuando olvidamos, nos recuerda; cuando lo negamos, nos aguarda, y fortifica las rodillas debilitadas con la penitencia y la confesión… Es suficiente que fijemos la vista en el oriente, aun estando caídos. La naturaleza de la marcha implica caídas, pero desde el día en que pronunciamos los exorcismos en el Bautismo, juramos que, por más frecuentes que sean las caídas y levantamientos en la vida, nuestro rumbo no cambiará y nuestra visión hacia la vida no se extraviará. Al contrario, las caídas sobre el camino inflaman en nosotros «la nostalgia hacia Dios, el viviente», y he aquí que más energía enciende el dinamismo de la vida espiritual e incrementa en el corazón el estado de vigilia, y la vigilia nos prepara a recibir al Novio; cuando viene el Novio, hace para sí mismo en nosotros morada; comemos con Él y cenamos su pascua mística: divino Cuerpo y Sangre, banquete pleno de su

amor. Entonces «nuestra vida entera» se vuelve vida con Cristo nuestro Dios.

[1] Gal 3: 27; También es el Himno de Introducción del bautizado a la Iglesia, durante el Sacramento del Bautismo, según el rito de la Iglesia Ortodoxa
[2] 1Cor 2: 9
[3] Jn 14: 12
[4] Ef 5: 14
[5] Rom 13: 14
[6] Tropario (himno) de Navidad
[7] Véase 2Tim 2: 4
[8] Gn 2: 7 (Conforme a una traducción personal siguiendo el texto de la Septuaginta).
[9] Véase 2Co 4: 7
[10] Sal 118: 126 (Conforme a una traducción personal siguiendo el texto de la Septuaginta).